de guerreros y ellos juzgaron que les quiso decir en esto, que con arco y flechas y armas militares habían de vencer a muchos enemigos y hacerse señores de grandes provincias y reinos. Y en la red, dicen que significó el lugar y estalaje donde habían de parar, que es esta laguna mexicana, en la cual luego que llegaron se hicieron pescadores. Con estas insignias volvieron a proseguir su camino, habiendo antecedido las ocho familias dichas, viniéndose ellos poco a poco.

CAPÍTULO II. *Que prosigue la venida de esta gente mexicana hasta el sitio y lugar de la ciudad de Tulla*

L LUGAR DONDE SUCEDIÓ el caso referido en el capítulo pasado se llamaba Chicomoztoc, que quiere decir, sitio y pasaje de Siete Cuevas; en el cual lugar estuvieron nueve años y de aquí queda averiguado cómo no tienen los mexicanos y todas las demás naciones y familias, que vinieron a poblar esta Nueva España, su origen y principio de estas Siete Cuevas; por lo dicho hemos visto que no es sino sitio donde se ranchearon por espacio y tiempo de nueve años. Por lo cual el padre Acosta,[1] no teniendo cumplida relación de la legítima succesión de ellos, dice en el libro séptimo de su *Filosofía moral*, que de estas Siete Cuevas tienen su origen, ni tampoco dicen absolutamente los indios que cueva quiera significar su origen y descendencia; al cual sigue Antonio de Herrera,[2] cronista mayor de las Indias, en el libro segundo, década tercera, capítulo décimo. Y lo mismo digo del historiador Gómara,[3] en el libro que intitula: *Conquista de Mexico*, donde dice que los mexicanos salieron de un pueblo llamado Chicomoztoc, y que todos los mexicanos y nahuatlacas nacieron de un padre, dicho por nombre, Iztacmixcohuatl; pues (como adelante veremos) no se verifica lo que este autor, en este lugar dice; y dejando los tres en este lugar, hasta que los encontremos en otro, pasamos con los mexicanos de estas Siete Cuevas a otro lugar, llamado Cohuatlycamac, donde estuvieron tres años.

En este lugar, dicen, que usó con ellos el demonio de un caso que aunque en sí mismo no era nada, fue de grande contienda para todos y fue que enmedio del real y alojamiento parecieron dos quimiles, que son dos pequeños envoltorios; y deseosos de saber lo que dentro tenían cubierto, llegaron a desenvolver el uno, dentro del cual vieron una muy rica y preciosa piedra, que resplandecía con muy claros visos de esmeralda; y como la vieron tan rica, embazaron todos en miralla; y codicioso cada cual de haberla se dividieron todos en dos bandos. Viendo Huitziton (que se halló presente y era el que los capitaneaba) que contendían, sobre cual de los bandos había de llevar la piedra les dijo: admirado estoy, mexicanos, de

[1] Acosta, lib. 9.
[2] Herr. lib. 2. Década 3. cap. 10.
[3] Gom. Hist. General.

que por cosa tan poca y leve os hagáis tanta y tan grande contradición, sin saber el fin que en esto se pretende. Y pues está delante de vosotros otro envoltorio, desenvolvedlo y descubridlo, y veréis lo que contiene y será posible que sea alguna cosa más preciosa, para que estimándola en más, tengáis en menos ésa. Parecióles bien la razón de Huitziton a todos los opositores, desataron el quimilli y en él hallaron dos solos palos; pero como no les relució como la piedra les había relucido, no los estimaron y volvieron a su primera contienda. Pero Huitziton (que era el que hacía los embustes y los declaraba) viendo que los unos de ellos (que después se llamaron tlatelulcas) hacían tanta instancia por llevarse la piedra, díjoles a los otros (que después se quedaron con el nombre de mexicanos) que partiesen la diferencia y dejasen la piedra a los tlatelulcas y ellos se llevasen los dos palos; porque eran mucho más necesarios y de mucho mayor estima para el progreso de su jornada, como luego verían. Ellos, que creyeron las palabras de Huitziton, tomaron sus palos y dieron la piedra a los otros; y con esto se conformaron. Y deseosos los mexicanos de saber el secreto de estos palillos, pidiéronle a Huitziton que se lo descubriese. Él, deseoso de quietarlos, los tomó y puesto uno en otro sacó fuego de ellos, de que quedaron grandemente admirados todos los presentes (porque jamás habían visto cosa semejante) y de aquí quedó conocida esta invención del fuego, por este modo. Y aun también nació de aquesto que los que se habían llevado la piedra, quedasen arrepentidos y quisieran trocar los envoltorios. Pero como el secreto estaba descubierto no quisieron los mexicanos; y cada cual se quedó con el suyo.

Desde esta ocasión, aunque todos estos aztecas venían juntos, ya no con aquella hermandad y familiaridad que antes traían; porque desde esta disensión guardaron el rencor y odio, los unos contra los otros y vinieron parciales y divididos en las voluntades. Y partiendo de este lugar, por mandamiento del demonio, llegaron a otro donde estuvieron otros tres años; de allí pasaron a Matlahuacallan donde estuvieron otros tres; y de allí a Apanco donde reposaron cinco.

En este lugar hallaron gentes pobladas, las cuales quisieron resistir la entrada de los que venían, como hombres que eran desconocidos de ellos; pero Huitzilopuchtli, que en todo hacía favor a los mexicanos, dicen que los defendió y ayudó hasta hacerlos señores del lugar, desposeyendo de él a sus moradores, haciendo crecer las aguas de un riachuelo que por allí pasaba, en tanto extremo que, a no desampararle presto los que le habitaban, fuera cierto su anegamiento; los cuales, viéndose destituidos de su tierra y pueblo por este modo, pasaron adelante y vinieron hacia esta tierra de la laguna, movidos, por ventura, de algún oráculo diabólico. Y después de salidos de este lugar, estos que lo habitaban, dijo Huitzilopochtli a los de su pueblo, que aquello había hecho para que estas gentes que iban desterradas viniesen a disponer las tierras de la laguna.

Aquí también sucedió que una mujer llamada Quilaztli, que venía con ellos y era grande hechicera, la cual por arte del demonio, dicen que se transformaba en la forma que quería, quiso burlar a dos capitanes y cau-

dillos, llamados el uno Mixcohuatl y el otro Xiuhnel; los cuales andaban por el campo cazando y se les apareció en forma de águila muy hermosa y grande, puesta sobre un hueynochtli, que llamamos nosotros los castellanos, cimborio; y como los capitanes la viesen, quisiéronle tirar sus flechas, pensando que en realidad de verdad era águila natural y verdadera; y al tiempo de desembrazar las flechas y conociendo la hechicera su peligro y riesgo, les habló diciendo: para burlaros (capitanes) basta lo hecho, no me tiréis que yo soy Quilaztli, vuestra hermana y de vuestro pueblo. Enojáronse los capitanes de que los hubiese burlado y dijéronla que era digna de muerte, por la burla que los había hecho. Ella les respondió que si querían matarla que hiciesen su poder, mas que algún día se lo pagarían; ellos no la respondieron y fuéronse y ella se quedó en su árbol y cada cual con su desabrimiento.

Hecho ya tiempo de partir de este lugar, por orden de su oráculo, llegaron a otro llamado Chimalco, donde estuvieron seis años; y al cuarto de su llegada a él acordándose la hechicera Quilaztli de la pesadumbre que hubo entre ella y los dos capitanes ya dichos en la mansión pasada, hizo memoria del agravio recibido en el tunal, donde quisieron matarla; y vistiéndose a la usanza de guerra, se fue a ellos y pensando amedrentarlos les dijo: ya me conocéis, que soy Quilaztli y debéis de pensar que la contienda que conmigo tenéis, es semejante a la que pudierais tener con alguna otra mujercilla vil y de poco ánimo; y si así lo pensáis vivís engañados porque yo soy esforzada y varonil y en mis nombres echaréis de ver quién soy y mi grande esfuerzo; porque si vosotros me conocéis por Quilaztli (que es el nombre común con que me nombráis) yo tengo otros cuatro nombres con que me conozco; el uno de los cuales es Cohuacihuatl, que quiere decir, mujer culebra; el otro Quauhcihuatl, mujer águila; el otro Yaocihuatl, mujer guerrera; el cuarto Tzitzimicihuatl, que quiere decir mujer infernal; y según las propiedades que se incluyen en estos cuatro nombres veréis quién soy y el poder que tengo y el mal que puedo haceros; y si queréis poner a prueba de las manos esta verdad, aquí salgo al desafío. Los dos esforzados capitanes, no temiendo las arrogantes palabras con que Quilaztli quiso atemorizarlos respondieron: si tú eres tan valerosa como te has pintado nosotros no lo somos menos; pero eres mujer y no es razón que se diga de nosotros que tomamos armas contra mujeres; y sin hablarla más, se apartaron de ella, afrentados de ver que una mujer los desafiaba y callaron el caso, porque no se supiese entre los del pueblo.

A los dos años siguientes que estaban allí rancheados, sembrando y cogiendo y comiendo las cosas que monteaban, partieron a otro lugar llamado Pipiolcomic, donde estuvieron tres años; y de allí vinieron al que se llama Tullan. En este lugar estuvieron nueve años, al cual llegaron muy disminuidos de gente, por haber dejado en las mansiones que venían haciendo mucha de ella, así de viejos como de otras gentes mozas, que por razón de algunas suficientes causas los iban dejando; y de esto hay mucho rastro en todas esas tierras, hacia el norte, de los cuales vide yo siete leguas de Zacatecas, a la parte del mediodía, unos edificios y ruinas de poblazo-

nes antiguas de los mayores y más soberbios que pueden pensarse, de lo cual haremos mención en otro lugar; sólo digo esto en éste, para comprobación de los edificios que hacían y gentes que dejaban en los largos caminos que trajeron. Llegados pues a este pueblo de Tulla y deseosos de parar por algún tiempo, pareciéndoles que ya su peregrinación era muy larga, tomaron sitio junto de un cerro que se dice Cohuatepec, que quiere decir el Cerro de las Culebras. Puestos allí mandó el ídolo en sueños a los sacerdotes que atajasen el agua de un río muy caudaloso que por allí pasaba, para que aquél se derramase por todo aquel llano y tomase enmedio aquel cerro donde estaban; porque les quería mostrar la semejanza de la tierra y sitio, que les había prometido. Hecha la presa, se extendió y derramó aquella agua por todo aquel llano, haciéndose una muy hermosa laguna, la cual cercaron de sauces, álamos, sabinas y otras plantas que luego, con mucha brevedad, crecieron. Crióse en ella mucha juncia y espadaña; y comenzó a tener grande abundancia de pescado y de aves marinas como patos, garzas, gallaritas, de que se cubrió toda aquella laguna con otros muchos géneros de pájaros que hoy en día la laguna de Mexico en abundancia cría. Hinchóse asimismo aquel sitio de carrizales y flores marinas, donde acudían diferentes maneras de tordos; unos colorados y amarillos, cuya armonía con el canto de las aves que estaban por las arboledas, que no eran menos, se puso muy deleitoso y ameno aquel lugar.

Estando los mexicanos con este lugar tan deleitoso, olvidados de que les había dicho el ídolo que era aquel sitio solamente muestra y dechado de la tierra que les pensaba dar, comenzaron a estar muy de propósito, diciendo algunos que allí se habían de quedar para siempre y que aquél era el lugar electo de su dios Huitzilopuchtli, que desde allí había de conseguir todos sus intentos, siendo señor de las cuatro partes del mundo.

Cuentan que mostró tanto enojo de esto, el ídolo, que dijo a los ministros: ¿qué, así quieren traspasar y poner objección a mis determinaciones y mandamientos? ¿Son ellos por ventura mayores que yo? Decidlos que yo tomaré venganza de ellos antes de mañana; porque no se atrevan a dar parecer en lo que yo tengo determinado; y sepan todos que a mí solo han de obedecer. Dicho esto, afirman que vieron el rostro del ídolo tan feo y espantoso que a todos puso gran terror y espanto. Cuentan que aquella noche, estando todos en sosiego, oyeron a una parte de su real gran ruido; y acudiendo allá por la mañana hallaron a todos los que habían movido la plática de quedarse en aquel lugar muertos y abiertos por los pechos, sacados solamente los corazones; y entonces les enseñó aquel crudelísimo sacrificio que siempre usaron, abriendo a los hombres por los pechos y sacándoles el corazón, lo ofrecían a los ídolos diciendo: que su dios no comía sino corazones (como en otra parte decimos). Hecho este castigo, Huitzilopuchtli mandó a sus falsos sacerdotes que deshiciesen la represa y reparos de la toma del agua, con que se hacía aquella laguna y que dejasen ir el río, que habían represado, por su antiguo curso, lo cual pusieron luego por obra; y desaguándose por allí toda aquella laguna quedó aquel lugar seco. Pasado algún tiempo, considerando que ya estaría desenojado

su dios, consultáronle y mandóles que alzasen el real; y así salieron de aquellos términos de Tulla y vinieron marchando hacía la gran laguna de Mexico, con el mismo orden y estilo que queda dicho.

CAPÍTULO III. *Que prosigue la jornada y viaje de estos mexicanos, hasta llegar a estas tierras de la laguna*

DESPOSEÍDOS LOS MEXICANOS de este lugar de Cohuatepec, pasaron a otro llamado Atlitlalacyan, en el cual estuvieron dos años, sin ocuparse en más de aguardar la respuesta del oráculo para que partiesen; y teniéndola fuéronse de allí a otro, llamado Atotonilco, donde estuvieron otro año; y de este lugar vinieron al que se llama Tepexic, donde estuvieron cinco, haciendo compañía a los naturales de la tierra, abrigándose y amparándose con ellos, para vivir seguramente. De allí pasaron a Apazco, donde estuvieron tres años; y desde éste a Tzumpanco, donde estuvieron siete.

En este pueblo los recibió el señor de él, llamado Tochpanecatl, con mucha caricia y benevolencia, pagado del buen trato y modo de proceder de los mexicanos. Este señor tenía un hijo, que se llamaba Ilhuicatl, mancebo y de poca edad que quería mucho, y deseando casarlo y pareciéndole que la gente que a su pueblo había llegado era de mucha razón y que su hijo ganaría mucho con recibir mujer de ellos, pidióles a los caudillos que los guiaban que se la diesen. Los capitanes, que vieron el buen tratamiento que este dicho Tochpanecatl les había hecho, concediéronle su petición y diéronle una doncella llamada Tiacapantzin, la cual casó con el mancebo Ilhuicatl; y su padre la recibió por nuera y le dio todo lo necesario para su casa; y a los mexicanos mucho maíz, metates y ollas, para su servicio y otras muchas cosas de regalo.

Pasados los siete años que había que descansaban en Tzumpanco los mexicanos, dicen que les mandó su dios que pasasen adelante; lo cual hicieron sin dilación ni tardanza; y para ir más seguros siguiendo su viaje, pidieron a Tochpanecatl les diese a su hijo Ilhuicatl que los acompañase; el cual se lo concedió con mucha y buena voluntad, sin hacer repugnancia ni resistencia. Y así el mancebo, llevando su mujer, se fue con ellos y llegaron a otro lugar, llamado Tizayocan, donde estuvieron un año, donde parió la mujer de Ilhuicatl un hijo; al cual pusieron por nombre Huitzilihuitl, a cuyo nacimiento hicieron muchas fiestas los mexicanos.

Este mismo año dieron una de sus hijas y doncellas estos dichos mexicanos a un señor de Quauhtitlan llamada Axiochiatzin. De este puesto de Tizayocan vinieron a Ecatepec, donde estuvieron un año. Pasaron a Tolpetlac, luego a Chimalpan; de allí a Cohuatitlan; luego a Huexachtitlan y a Tecpayocan; y de allí a Tepeyac, donde es ahora nuestra señora de Guadalupe; y de allí un poco más adelante a otro que se llama Pantitlan; en las cuales mansiones y estalajes gastaron tiempo y espacio de veinte